

América Latina, tierra de la Virgen¹

Crecía la ansiedad a medida que los misioneros se acercaban a aquel pequeño pueblo enclavado en los cerros catamarqueños cercanos a Fiambalá. Terminaban una misión de la Virgen llevándola los dos últimos días al paraje más alejado del valle, tanto que apenas habían podido avisar por la radio que llegarían esa mañana. ¿Se habrán enterado que venía la visita de la Virgen? ¿Cómo nos recibirán? Luego de repechar la última cuesta se disiparon las dudas, a doscientos metros, en la entrada misma del pueblo podía verse un nutrido grupo de serranos. Una multitud si pensamos que el pueblo no pasa las treinta casas. Jinetes con banderas argentinas y un estandarte de Nuestra Señora del Valle, una hermosa imagen de esta Virgen morena que llevaban entre cuatro personas, un par de músicos que animaban al grupo con un acordeón y una caja, y hasta los niños de la escuela con la directora y el maestro. Los hombres con respetuoso ademán se quitaban el sombrero para recibir a la Virgen, las mujeres con pañuelos apretados en sus manos se secaban las lágrimas. Todos querían llevarla sobre sus hombros, todos querían que entre a sus humildes casas para que les deje la bendición que estaban seguros que Ella les traía. La emoción y la alegría eran los dueños del momento. Similar escena –con el agregado de un discurso y mayor cantidad de lágrimas- pudo verse a los dos días, al despedir a la Virgen que volvía a sus pagos en Luján.

Ante una experiencia así, quienes creemos que la pastoral debe estar guiada por la reflexión teológica no podemos menos que volvernos rumiando miles de preguntas: ¿Qué es eso tan fuerte que se da entre la Virgen y los pobres? ¿Cómo acompañarlo desde la pastoral? ¿Es verdadera religiosidad cristiana? ¿No será acaso un impulso casi supersticioso propio de personas que viven en un estado pre racional? Esta explicación tal vez parezca convincente para quien se pregunte sobre estas cuestiones desde lejos y superficialmente. Pero no parece una respuesta que satisfaga a un espíritu que se haya acercado a los pobres y a sus vidas con verdadera caridad pastoral. ¿Por qué no pensar mejor que la Virgen los quiere con un cariño especial y que los atrae con amor de madre para llevarlos a Dios? ¿Se puede aceptar que Dios atrae a los pobres por caminos distintos a los que elegiríamos los agentes de pastoral? ¿Por qué no ver en esa intensa devoción un impulso de la gracia divina?

Creemos que hay argumentos –históricos y teológicos- suficientes para sostener que la Virgen quiere a los más humildes de estas tierras con un amor especial. Con una mirada desde “la cercanía que nos hace amigos de los pobres” (Aparecida 398) no es difícil percibir que en la mayoría de los casos, en sus luchas cotidianas nuestro pueblo pobre se confía a la Madre del cielo. En Ella buscan consuelo, esperanza, fuerza para seguir adelante. Es frecuente en nuestro continente ver en los santuarios o en las ermitas de las ciudades quienes se detienen a contemplar con “una mirada entrañable a una imagen querida de María” (Aparecida 261). Puede decirse que la Virgen vive de un modo especial en el corazón del pueblo latinoamericano. Ella es la mujer llena de Dios, la primera discípula de Jesús, es lógico que haga suyo el “Felices ustedes, los pobres” (Lc 6,20) de su Hijo. Ella les toca el corazón, los llama, los reúne como hermanos y les da el consuelo necesario para los sufrimientos de la vida. En el dolor, en la angustia, Ella les repite incansablemente al oído: “No se turbe tu corazón... ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?” (Nican Mopohua, 118-119).

Sobre este camino discurrirán las reflexiones de este artículo, intentaremos meditar sobre las riquezas de esta providencial relación entre la Virgen y los pobres para iluminar así nuestra acción pastoral con ellos. Puestos a tratar de este tema es mucho lo que podría decirse. En este primer artículo –que esperamos completar con un segundo- recorreremos las raíces históricas de esta fuerte presencia mariana en nuestro continente y sus consecuencias. En primer lugar repasaremos rápidamente algunos hechos marianos que resultaron significativos para la evangelización de América Latina. Luego presentaremos algunas reflexiones que nos suscitan estas historias. Esto lo haremos por tres senderos, comenzaremos por decir algo acerca del nuevo modo cultural de vivir la fe que nace en Latinoamérica y el lugar central que le otorga a María. Acto seguido veremos cómo la Virgen ejerce su vocación maternal reuniendo a sus hijos alrededor suyo y va gestando en su seno a un pueblo nuevo. Por último, diremos algo sobre las imágenes religiosas y su importancia en la evangelización.

1. Causas históricas de la fuerte devoción mariana de nuestro pueblo

Si repasamos la historia vemos que la Virgen María, a través de sus distintas advocaciones, está muy presente en el proceso histórico de Latinoamérica. Esto puede verse desde sus más remotos inicios. Lo atestigua la invocación “Jesús con María sea nuestra salvación en el camino” de Colón y su tripulación al partir del puerto de Palos el 3 de agosto de 1492, el rebautizo de la nave principal como “Santa María” y la profunda devoción mariana de estos primeros expedicionarios que al llegar a tierra “daban gracias a Dios y dijeron, cantada, la Salve Regina con otras coplas y prosas devotas que contienen alabanzas de Dios y nuestra Señora” (BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Historia de las Indias*, lib.III, cap.131).

¹ Este artículo salió publicado en Vida Pastoral 286 (julio 2010), 42-48.

En 1531, pocos años después de la llegada de los españoles se iba anunciando el futuro mestizaje, en las calles de Tenochtitlán deambulaban abandonados los primeros niños mestizos, “buscando de comer lo que dejan los puercos y los perros”. Es ahí cuando, en la tilma del indio Juan Diego se aparece milagrosamente la Virgen de Guadalupe tomando el rostro de los más sufridos: un *rostro mestizo*. En esa misma década –y como consecuencia de esta aparición– comienzan los indios a acudir masivamente a pedir el bautismo. Un cronista de la época cuenta que “eran tantos los que en aquellos tiempos venían al bautismo, que a los ministros que bautizaban, muchas veces les acontecía no poder alzar el brazo” (MENDIETA, *Historia eclesiástica indiana*, 266).

Desde Guadalupe la presencia de la Virgen se extenderá a todo el continente. Muchas veces se repetirá la dinámica interna de este acontecimiento: una manifestación sobrenatural –o tomada como tal– de la Madre de Dios vinculada a los españoles que expresa la preferencia maternal de María hacia los más pobres y de algún modo atrae y convierte a los indios. El inca Garcilaso de la Vega nos relata cómo en 1536 la Virgen –que luego se llamaría de la Descensión– con el resplandor de su belleza rinde a sus pies a indios de los más salvajes de Cuzco. Cuando un grupo de ellos se preparaba para atacar y degollar a los cristianos “se les apareció en el aire Nuestra Señora con el niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante de ellos; los infieles, *mirando aquella maravilla quedaron pasmados*; sentían que les caía en los ojos un polvo, ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos que no sabían donde estaban” (GARCILAZO, *Comentarios reales*; 2ª. Parte, lib. 1ª cap. XXV, 589). Luego describe el cariño y la devoción que le tomaron esos temibles indios: “viendo que la Virgen María *los venció y rindió con su hermosísima vista* y con el regalo del rocío que les echaba a los ojos, *le cobraron tanto amor y afición* que, no contentos de oír a los sacerdotes los nombres y renombres que a la Virgen le dan en la lengua latina y castellana, han procurado traducirlo en su lengua y añadir los que han podido, por hablarle y llamarle en la propia lengua... dícenle ‘Mamanchic’ que es Señora y Madre nuestra; ‘Coya’: Reina; ‘Ñusta’: Princesa de sangre real; ‘Zapay’: Única; ‘Yurac Amancay’: Azucena Blanca; ‘Chasca’: Lucero del Alba; ‘Citoccoyllor’: Estrella resplandeciente; ‘Huc hanac’: sin pecado; ‘Mana Chancasca’: No tocada, que es lo mismo que inviolada; ‘Tazque’: Virgen pura; ‘Diospa Maman’: Madre de Dios; también dicen ‘Pachacamacpa Maman’ que es madre del Hacedor y sustentador del Universo. Dicen ‘Huac Chacuyac’ que es amadora y bienhechora de pobres...” (ibid., 591).

En 1651 la Virgen con el niño en brazos se le aparece al cacique de una tribu indígena de Venezuela, los coromotos. Ella le habla en su idioma y lo manda “al sitio donde viven los blancos para recibir el agua sobre la cabeza y así ir al cielo”. Hoy la Virgen de Coromoto es patrona de Venezuela.

También aquí en Argentina aun se veneran advocaciones que rondan los cuatro siglos. Entre las más conocidas están *Nuestra Señora de Luján*, *Nuestra Señora de Itatí*, *Nuestra Señora del Valle*, la *Virgen del milagro de Salta*, *Nuestra Señora del Rosario del Milagro* en Córdoba y *Nuestra Señora de la Consolación* en Sumampa.

Detengámonos un poco en lo referente a la Virgen de Luján ya que se trata de la patrona de la Argentina. Allá por 1630 se queda milagrosamente a orillas del río Luján, en la desolación de la pampa. Los testigos del milagro fueron unos simples troperos, muy probablemente contrabandistas, y un negro esclavo llamado Manuel. Desde allí, en una humilde ermita cuidada por este esclavo, reparte gracias a devotos que vienen de muchos lugares, en su mayoría gente pobre que pasaba su vida en parajes muy desamparados. En 1674 esta pequeña imagen de la Inmaculada es trasladada por Ana de Matos –una viuda adinerada pero de no muy buena reputación en sociedad– a sus tierras, donde hoy es Luján y se va formando un caserío alrededor de ella. Al amparo de su calor de madre se va nucleando un pueblo formado sobre todo por humildes campesinos. “Es la Virgen de Luján la primera fundadora de esta villa” reza la rayera que se le colocó en 1887.

Nuestra historia como argentinos está profundamente marcada por las gracias que la Virgen nos concedió desde Luján en estos casi cuatrocientos años. En los albores de nuestra independencia, cuando Pueyrredón tuvo que reclutar una tropa para resistir a las invasiones inglesas fue a Luján. Allí juntó hombres y luego de participar con su improvisado ejército de una misa ante la sagrada imagen partió a pelear. Llevaba un estandarte en una de cuyas caras estaba retratada la Pura y Limpia Concepción y cada uno de ellos usaba como protección cintas azul y blanca que consiguieron en el santuario y se llamaban *medidas de la Virgen*, por ser cortadas de la altura de aquella imagen y ser del color de su manto. También Belgrano pasó con su ejército en 1810 cuando se dirigía al Paraguay. Desde allí llevó una imagen de Nuestra Señora de Luján que lo acompañó en toda la expedición. Es conocida la devoción de Belgrano por la Inmaculada, que era la Patrona Universal de España y de las Indias y cuyos colores distintivos son el azul-celeste y blanco, los mismos que eligió el prócer para nuestra bandera. Este mismo general, poco tiempo después le entregaría su bastón de mando a la Virgen de la Merced y la proclamaría como generala del Ejército.

Ya en el siglo XX, en 1930, al cumplirse el tercer centenario del milagro de Luján en nuestras tierras el pueblo argentino la jura como patrona y se encomienda a su protección, para tenerla como primera intercesora y modelo. Algunas de las palabras más bellas que se han dicho sobre la Virgen de Luján y la Argentina salieron de la boca de Pío XII. Este Papa, que fue quien declaró el dogma de la *Asunción de María*, visitó la Basílica de Luján algunos años antes de ser elegido Sumo Pontífice. Su nombre era Eugenio Pacelli y vino como legado pontificio para el

Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Argentina en 1934. Trece años después, ya siendo Papa, recordaba esta visita diciendo: “*Aquel Santuario cuyas dos torres, como dos gritos de júbilo que suben al cielo, nos saludaban ya desde el horizonte. Fue Ella la que quiso quedarse allí, pero el alma nacional argentina había sabido comprender que allí tenía su centro natural. Y al entrar en aquellas espaciosas naves, al ver las banderas que Belgrano ganó en Salta o la espada que San Martín blandió en el Perú, al leer los mármoles que recuerdan la solemne coronación de 1887 —la primera en América— o el reconocimiento de su Patrocinio sobre las tierras Del Plata de 1930, al subir a aquel camarín, tan rico como devoto, entonces, sólo entonces nos pareció que habíamos llegado al fondo del alma grande del pueblo argentino.*” (Radiomensaje a la Argentina con motivo del I Congreso mariano Nacional de 1947)

2. Algunas reflexiones a partir de la historia

2.1 Lugar central de la Virgen en el cristianismo popular.

Como vemos al repasar la historia, la profunda devoción hacia la Virgen que hoy vive nuestro pueblo no puede considerarse un fenómeno superficial, sus raíces se extienden por más de cinco siglos. Más bien lo que podríamos entender como superficial es la aversión e indiferencia hacia María que ha crecido entre algunos por la prédica agresiva de determinadas sectas y grupos pentecostales. La historia nos muestra claramente que nuestra Madre del cielo tuvo un rol protagónico en el proceso histórico por el que se fue gestando América Latina.

Aquí, como fruto del mestizaje entre el indio y el europeo, y del anuncio del evangelio a ellos, nace una *nueva forma cultural de vivir la fe cristiana*, Puebla lo llama una “originalidad histórica cultural” (Puebla 446). Este pueblo mestizo descende de los primeros aborígenes, que tomaron la fe del español, aunque no tomaron su modo de vida. Los hombres y mujeres de este nuevo pueblo no viven la fe cristiana según las formas culturales traídas de Europa sino que la viven en el marco de su cultura propia, viven un “catolicismo popular” (Puebla 444) en el que la devoción a María ocupa un lugar de privilegio.

Cabe aclarar que por *catolicismo popular* o *cristianismo popular* no debe entenderse que los pobres viven un cristianismo devaluado o de segunda, en el que —por laxitud o por indulgencia— se recortan algunas exigencias para que esté al alcance de sus limitaciones. Para responder esta objeción, Aparecida nos advierte que “no podemos devaluar la espiritualidad popular, o considerarla un modo secundario de la vida cristiana, porque sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios” (Aparecida 263, ver Vida Pastoral 282, *El tesoro escondido de Aparecida: la espiritualidad popular*). En estos cinco siglos de cristianismo en nuestras tierras el Espíritu Santo ha guiado a millones de latinoamericanos hacia el Padre por estos caminos, si queremos pensar una pastoral eficaz no podemos ignorar este hecho.

Rafael Tello es un teólogo argentino que ha reflexionado ampliamente sobre estas cuestiones y cuyas intuiciones son las que le dan sustancia a este artículo. Al estudiar la primera evangelización ve que uno de los cauces que llevaron el agua del evangelio que luego lo inundó todo fue el anuncio de la Virgen María. Lo mismo enseña Puebla cuando afirma que “en nuestros pueblos, el Evangelio ha sido anunciado, presentando a la Virgen María, como su realización más alta” (Puebla 282). También sostiene este teólogo que mirando el proceso histórico puede decirse que fue la Virgen la que evangelizó al indio y al pobre. Por eso, en la Virgen María está la clave de la nueva evangelización de América Latina y en el tercer milenio Ella debe seguir siendo la estrella de la evangelización (cf. R. TELLO, *La Nueva Evangelización*, 26-32).

2.2 María es la Madre que reúne sus hijos

Cuando había llegado la hora en que consumaría la obra del Padre, pocos segundos antes de proclamar que *todo se ha cumplido* y entregar su espíritu, Jesús nos deja a su Madre como Madre nuestra. Ese “Ahí tienes a tu Madre” (Jn 19,27) que pronuncia en la cruz es mucho más que una preocupación piadosa de Jesús hacia su Madre. Como explica R. Brown se trata de una *fórmula de revelación*: “En estas fórmulas, el personaje que habla revela el misterio de la especial misión salvífica que habrá de asumir aquél a quien se dirige (por ej. Juan Bautista. ‘He aquí al Cordero de Dios’ o en sinópticos: ‘Tú eres Pedro’). La filiación y la maternidad que se proclaman de este modo desde la cruz tienen un valor definido en los planes de Dios y guardan relación con lo que acontece al ser elevado Jesús sobre la cruz. El versículo que sigue en Juan a este episodio sugiere que hay en todo ello un significado más profundo: ‘Después de esto sabiendo Jesús que todo quedaba terminado’. La decisión tomada por Jesús con respecto a su Madre y al discípulo amado viene a completar la obra que el Padre le había encomendado y sirve para dar cumplimiento a la Escritura” (BROWN R., *El evangelio según San Juan*, 1220).

En estas últimas palabras de Jesús, la tradición católica ha interpretado que se nos revela la maternidad espiritual de María sobre los creyentes. Al pie de la cruz, en *la hora* en que somos creados de nuevo, somos engendrados —ahora sí con dolores de parto— como hijos de la Virgen. Cristo nos “atrae a todos hacia sí” (Jn 12,32) y nos envía hacia ella: “Ahí tienes a tu madre”. Vamos a María porque es la voluntad de Dios y en Ella encontramos a Cristo. Es así que los pueblos de América Latina han aprendido a ir “A Cristo por María”. A esta conocida fórmula, se la puede complementar con la expresión “Por Cristo a María”, ya que recurrimos a María porque Cristo así lo manda.

El indio repentinamente ve destruido su orden social por la conquista y queda sometido a un régimen que lo esclaviza en la mayoría de los casos. Ante una situación que se le presenta como irreversible, poco a poco va encontrando un lugar a través del bautismo y de la Virgen. Sin entrar en los juicios que podrían hacerse sobre este nuevo orden podemos decir que gracias a la fe cristiana el indio puede volver a construir un universo simbólico a su alrededor. En el desamparo total en que se encuentra en este nuevo contexto encuentra el regazo protector de la Madre del cielo y a ella se entrega. Lo ejemplificaba claramente el caso que referíamos de los indios de Cuzco, en la desolación de la guerra encuentran refugio en la deslumbrante belleza de María, a Ella se rinden, y en torno a Ella todo comienza de nuevo. Por el bautismo al indio se le da una identidad y se le reconoce un lugar –el último, pero un lugar- en este nuevo orden social. Esta identidad se ve fortalecida con el sentirse hijos de la Virgen, cuando querían dar a conocer que eran cristianos decían: “Santa María”. Es por mediación de Ella que el indio vuelve a sentirse parte de una comunidad histórica.

Esta solicitud maternal de la Virgen hacia los pobres de estas tierras también lo atestigua el milagro de Luján al nuclear un pueblo alrededor suyo. Lo mismo se da en Itatí -que nace en torno al lugar donde se halló la sagrada imagen- y en innumerable cantidad de lugares de América Latina. Juan Pablo II decía al inaugurar la Conferencia de Santo Domingo que “en los pueblos de América, Dios se ha escogido un nuevo pueblo”. Este pueblo, profundamente mariano, toma cuerpo al calor de la protección maternal de la Virgen, se va gestando en su seno. Visto bajo esta luz, de la Argentina puede decirse que la Virgen es “la primera fundadora de esta nación”.

2.3 Las imágenes marianas y la evangelización

Otro elemento que salta a la vista al recorrer las raíces históricas de la devoción mariana de nuestro pueblo es que las imágenes religiosas –especialmente las marianas- jugaron un papel muy importante en la evangelización de América. Para el pueblo, la Virgen no es simplemente María considerada universalmente. El pueblo reconoce a la Virgen en advocaciones concretas, ligadas a su proceso histórico y generalmente relacionadas de modo milagroso a un lugar.

Las imágenes de la Virgen entran a formar parte de la identidad histórica de cada población. De tal modo, que Puebla enseña que la identidad latinoamericana “se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe que se yergue al inicio de la Evangelización” (DP 446). La devoción mariana es parte de la idiosincrasia de nuestro pueblo y eso se representa claramente en sus fiestas. Esto es muy notable en las comunidades de bolivianos, peruanos y paraguayos que viven en Argentina, traen sus imágenes religiosas y recrean sus identidades alrededor de sus fiestas.

Esto se debe a que históricamente el hombre de nuestro pueblo ha recibido la fe a través de las imágenes. Al igual que el indio –luego el mestizo y hoy el criollo- conoce mejor de un modo simbólico que de un modo abstracto. Generalmente, no llega al conocimiento de las realidades espirituales por el camino de razonamientos abstractos, más bien lo hace a través de la carga simbólica presente en las cosas sensibles. Es así que la imagen le “dice” más que mil palabras. Mirar un crucifijo le dice que Jesús murió por todos y que su amor es más fuerte que la muerte. Contemplar la belleza de una imagen de la Virgen le hace conocer la providencia maternal de Dios y pregonar la fiesta del cielo. Llevar sobre el pecho la medalla de un santo lo hace sentirse revestido de su protección. De este modo, las imágenes religiosas ofrecen un camino simbólico para aprender las verdades de la fe que es más fácilmente transitado por nuestro pueblo. Esto es algo que no podemos ignorar a la hora de pensar una catequesis en ambientes populares.

La importancia de las imágenes para la evangelización está largamente atestiguada en la tradición de la Iglesia. Ya el II Concilio de Nicea (año 787) decía que “el honor de la imagen, se dirige al original, y el que adora una imagen, adora a la persona en ella representada” (Dz 302). Creemos que esto mismo es lo que vive intensamente el pueblo latinoamericano. Ante las efusivas muestras de amor a la Madre que pudimos ver en aquellos serranos catamarqueños, no parece desproporcionado pensar que tanto cariño y tanta emoción brotan del sentimiento de estar ante la mismísima Virgen en persona.

3. Conclusión

Al terminar estas reflexiones digamos que esperamos que este artículo tenga una segunda parte. Como ya hemos dicho al pasar, la sustancia de este escrito se basa en intuiciones originales del padre Tello. Él meditó largamente estas cuestiones y son muchas sus ideas a este respecto que aun quedarían por desarrollar. Tal vez –esperemos que Dios y la Virgen así lo quieran- pueda hacerse un segundo artículo presentando temas como la fuerza que toma la devoción a la Inmaculada en un pueblo que se sabe pecador y la respuesta que ofrece este teólogo a la pregunta: *¿no es idolatría tanta veneración a la Virgen?*

Por último, recordemos que estas páginas tienen por principal objeto el iluminar la acción pastoral entre los más pobres. En el marco de la Misión Continental que convoca Aparecida creemos provechoso el esfuerzo por conocer los cauces por donde fluye este amor tan especial de la Virgen hacia sus hijos más humildes, a quienes guardará siempre en sus ojos como guarda a Juan Diego reflejado en sus pupilas. Y esperamos, y hacemos votos, para que

este conocimiento nos impulse a gozarnos en la vida cristiana de nuestro pueblo, que responde a la mirada compasiva de María ofreciéndole filialmente “alma, vida y corazón”.

Enrique Ciro Bianchi